

lucidez»⁶⁶. En la misma ingenuidad de las frases de Rivière apunta la consciencia irreductible de una superación de esa literatura de análisis a la cual se aproximaba la empresa proustiana. *En busca...* sería así una novela de análisis, vuelto más lúcido por la amenaza de la locura. De hecho, la época lo es de un enloquecimiento del análisis, amenazado y a la vez enriquecido por todas las disciplinas que aparecen desde fines del siglo XIX, particularmente el psicoanálisis.

Tras el coloquio de 1972, Deleuze ha vuelto sobre el tema de la locura como horizonte de *En busca...*⁶⁷, al cual dedica un capítulo suplementario de su libro, en la reedición de 1976. En ella subraya lo específico del narrador proustiano que, en tanto «cuerpo sin órganos» estaría reducido «a responder a signos y señales»⁶⁸. Quizá convenga recordar que el libro de Deleuze sobre Proust atravesó diversas etapas, correspondientes a su evolución intelectual⁶⁹. El pensamiento deleuciano se completa y se retoma a lo largo de las cuatro ediciones del trabajo, desde la teoría de la diferencia hasta el esquizoanálisis. Los vínculos del artículo inicial de 1963 («Unité de *A la recherche du temps perdu*», en la *Revue de métaphysique et morale*) con la edición de 1964 y con *Différence et répétition*⁷⁰, con los de la segunda edición (añadidos a la segunda parte del libro en 1970), con *Logique du sens*⁷¹ y, finalmente, con la edición de 1976 (en la que ocupa un lugar el capítulo suplementario sobre «Présence et fonction de la folie») y con el *Anti-Edipe*⁷² parecen evidentes⁷³. La problemática del cuerpo sin órganos es ciertamente lo bastante específica en el pensamiento deleuciano de aquel momento como para sorprender a los lectores de Proust sensibles a la multitud de sensaciones que jalonan el relato. Richard, tan atento también a la economía de las sensaciones, reconoce que el objeto hermenéutico «reclama (...) el esfuerzo de una superación no perceptiva. Objeto de una impresión que no podría acabarse más que en un acto secundario y de distinto código: el de una interpretación». Pero el filósofo va todavía más lejos: para Deleuze se trata de destacar la inadecuación del sujeto a la sensación.

⁶⁶ Jacques Rivière: «L'évolution du roman après le symbolisme», en: Cahiers Marcel Proust, n.º 13, p. 39.

⁶⁷ Cahiers, n.º 7, pp. 88 y ss.

⁶⁸ P. 89.

⁶⁹ Ver Maurizio Ferraris y Daniela de Agostini: «Proust, Deleuze et la répétition» en: Littérature, n.º 32, diciembre de 1978.

⁷⁰ Deleuze: *Différence et répétition*, PUF, París, 1968.

⁷¹ Deleuze: *Logique du sens*, Minuit, París, 1969.

⁷² Deleuze-Guattari: *Capitalisme et schizophrénie. I. L'Anti-Edipe*, Minuit, París, 1972.

⁷³ Deleuze se ha alejado un tanto de esta forma de estudio. El libro que dedica a Kafka Kafka, pour une écriture mineure, escrito en colaboración con Félix Guattari, es muy distinto al consagrado a Proust. El estudio de los rizomas y las series ha suplantado al de los signos. Cfr. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Kafka, pour une écriture mineure*, Minuit, París, 1975.

Cada una de éstas, en efecto, lo arranca del presente en lugar de arraigarlo en él, y lo proyecta, por el juego de las asociaciones y de la llamada memoria involuntaria, hacia la reminiscencia de sensaciones difuntas, sensaciones ausentes que, de inmediato, provocan la ausencia del sujeto en el mundo⁷⁴. También el narrador reacciona ante los signos como ante unos estímulos y no ya como ante unos elementos a interpretar.

Llevada a tal extremo, e independientemente de la recuperación de la forma estética de la cual es objeto, *En busca...* marcaría, entonces, una esencial quiebra de las conductas interpretativas. La reducción deleuziana de los signos y las señales, que, según dice, «violentan al narrador»⁷⁵, hace caducar toda tentativa de articular la percepción y la interpretación en el libro. Sin duda, tal lectura es discutible. Se sabe hasta qué punto la fenomenología y la crítica son fecundas cuando se trata de comentar el trayecto del narrador. Pero lo que puede retenerse de este paso al límite operado por el final del libro de Deleuze, es que *En busca...* pone en cuestión asimismo los principios de toda relación con el mundo. Instituyendo la ilusión en la percepción y el error en la intelección, funda, mucho antes que Merleau-Ponty y Ricoeur, una crítica de las interpretaciones y participa vigorosamente en la introducción de la era de la sospecha en la literatura del siglo XX.

Herencias

Las herencias novelescas de la obra proustiana exploran abundantemente la vía antes esbozada. En su delirio interpretativo, el Roquentin de *La nausée* de Sartre, el Aldo de *Rivage des Syrtes* de Julien Gracq, el Jorge de *La route de Flandres* de Claude Simon, el Jacques Revel de *L'emploi du temps* de Michel Butor, por no citar más que unos pocos, están igualmente amenazados por la locura. Es así que nada puede detener su empresa interpretativa, que diseña un infinito ante el cual el narrador ha de oponer una fuerza de resistencia suficiente –fascinación por una música de jazz, nueva puesta en marcha de la Historia, el olvido en brazos de una prostituta o el adiós a la maldita ciudad de Bleston, de la cual se sale como del encierro en un círculo hermenéutico. *El tiempo recobrado* también es lo que pone fin a la interpretación infinita gracias a un salto estético que no la resuelve.

⁷⁴ Como por otra parte lo recuerda Deleuze, el beso a Albertine no comunica sensaciones al narrador (ii, 363-5), sino unos signos, unos «detestables signos», gracias a los cuales toma consciencia del beso.

⁷⁵ Mesa redonda del coloquio «Proust et la nouvelle critique», publicada en *Cahiers Marcel Proust*, n.º 7, p. 115. Las ideas de Deleuze están reformuladas en el último capítulo de *Proust et les signes*, cit., pp. 205-219.

Ficción hermenéutica irresuelta, transformada al final en obra estética, *En busca del tiempo perdido* abre así la vía de los imaginarios del siglo XX. Si, rematando mi discurso he evocado a unos escritores posteriores a Proust (Sartre, Gracq, Sarraute, Simon, Butor, Bergounioux) estas referencias podrán parecer a algunos heterogéneas y disparatadas. Ellas designan, nada menos, un espacio de filiación. No tanto por una similitud temática –la memoria, el tiempo, la relación con otro o consigo mismo–, sino en tanto estas obras sustituyen el hilo narrativo por una escritura hermenéutica que se pega a los signos y los interroga, que sospecha de ellos e intenta, en el movimiento mismo de la escritura, transcribir, no ya el resultado, sino el movimiento mismo de esta interrogación y de aquella sospecha, en una palabra: construir lo que denomino una literatura más interpretativa que narrativa, en la cual la interpretación prevalece sobre el relato y se convierte en objeto de una valoración poética. Es ésta una herencia proustiana particularmente vivaz, que confina, por otra parte, con la dilución del género novelesco propiamente dicho y la emergencia de formas híbridas, que tienen tanto de ensayo como de narración, de crítica como de ficción. Gérard Macé y Pierre Michon (autor de *Rimbaud le fils*) son otros ejemplos de ella. Así, como *Contre Sainte-Beuve* invalidó por mucho tiempo la crítica biográfica, *En busca...*, concebida como una ficción hermenéutica, ha fundado, a la vez, un nuevo tipo de escritura novelesca y un nuevo género literario, del cual nuestra época no ha terminado de recoger los frutos.

Dominique Viart

Traducción de Blas Matamoro

